

Cuando solo reinasen los indios. La política aymara en la era de la insurgencia

SINCLAIR THOMSON (2017), *Cuando solo reinasen los indios. La política aymara en la era de la insurgencia*, Ciudad de México, Libertad bajo palabra-Sociedad Comunitaria de Estudios Estratégicos, 455 pp.

El atractivo del libro inicia con el título que es del todo adecuado, avanza a una portada creativa y se continúa al comenzar la lectura que resulta difícil dejar de lado, una vez que se empieza. Desde las primeras líneas leemos que el estudio realizado por Sinclair Thomson busca recuperar e iluminar la historia del pueblo aymara en un momento y una región particular: 1780-81 en la región andina donde se escenificó una trascendental insurrección pan-andina. Y es en la página 30 donde nos cita a Bartolina Sisa como la inspiradora del nombre del libro “Observó que los combatientes indígenas de 1781 hablaron anticipadamente del momento cuando ‘sólo reinasen los indios.’”

Para alcanzar tal objetivo se remontará a varios años antes para constatar que la turbulencia no era nueva, sino que ya venía echando raíces en una población descontenta, que contó con líderes que dirigieron la fuerza de un movimiento comunario: Tomás Katari actuó en las serranías cercanas al Potosí en tanto que José Gabriel Condorcanqui Tupac Amuru lo hizo en lo que hoy forma la parte del sur de Perú y Bolivia. Por su parte, Tupaj Katari se convierte en el dirigente de otra importante insurgencia que logra sitiar la ciudad de La Paz. “Al igual que otras luchas revolucionarias de la época, la insurrección andina de 1780-1781 fue un movimiento de liberación que buscó, y logró temporalmente, derrocar al régimen preexistente de dominación y colocar en su lugar a sujetos previamente subalternos, como cabeza del nuevo orden político.” (p. 27). Conviene repetir que el autor lo ve y lo trabaja como un movimiento de liberación, que triunfó, así fuera temporalmente y que cambió los roles del orden político.

Si bien el centro de su disertación es la inconformidad indígena que lleva a la insurgencia, la forma de abordarlo y los elementos que va incorporando en cada capítulo resultan muy sugerentes. Parte de conocer la manera como se encontraban estructuradas las sociedades indígenas a su interior para lo que prioriza dos temas como eje de análisis, por un

lado las transformaciones en las comunidades que condujeron a la crisis del cacicazgo y por el otro el significado de la insurgencia y de la conciencia política de líderes y campesinos. Esto es, conecta los cambios comunales con un análisis de la política insurgente.

Dada la dimensión y profundidad de la obra, me gustaría resaltar algunos de los elementos que considero no sólo originales sino sobresalientes o bien aquellos que pueden dar pauta a nuevas líneas de investigación y profundización de planteamientos originales. No sin antes advertir la vigencia de esta obra que enriquece el conocimiento sobre el país andino, Bolivia, pero que permite una comprensión de temas diversos que conservan una actualidad inobjetable al paso del tiempo.

La minuciosa revisión de documentos de archivo es sobresaliente, pero como bien señala el propio Thomson, él no es el primero en consultar tales documentos, ni el primero en escribir sobre tan importante rebelión que captó la atención de historiadores de los siglos XIX y XX. Esto nos conduce a una primera reflexión, que la interpretación de los documentos puede estar condicionada por cierta postura preestablecida de lo que se investiga.

En otras palabras, la subjetividad del investigador está presente en toda la obra pero, mucho dependerá de lo que busca y lo que desea encontrar, que sus opiniones y conclusiones se inclinarán hacia tal o cual propuesta interpretativa. “Si las prácticas religiosas y rituales de Katari resultaban incomprensibles para las élites coloniales y continuaron siéndolo para los historiadores actuales, puede decirse lo mismo de su correspondencia.” (251). Esto es, no deseaban comprender.

Un ejemplo que confirma lo anterior: el difundido salvajismo de Tupaj Katari tras su derrota. La mayoría de los autores que han investigado sobre la rebelión de Katari suelen enfatizar la violencia del rebelde además de su postura antiblanca y anticriolla, llevando a algunos historiadores a destacar una postura de “racismo caprichoso” visto también como una forma virulenta de nacionalismo aymara. Para confrontar estas posturas –por demás muy extendidas– Thomson parte de evitar caer en un esencialismo regional así como un esencialismo cultural, para alcanzarlo, su punto de partida es citar la sentencia de muerte que leyera el Oidor Francisco Toledo Díaz de Medina, tras la derrota y posterior captura de Tupaj Katari “condenó al líder aymara como un ‘infame, salvaje, traidor, sedicioso, asesino y hombre feroz o monstruo de la humanidad en sus inclinaciones

y costumbres abominables y horribles'. ¿Sería así el retrato de Katari? ¿Cómo podríamos calificar a quienes le dieron la pena de muerte y la forma como se la aplicaron?

Para analizar la identidad y la conducta del líder rebelde rompiendo los prejuicios ampliamente difundidos, el autor parte de señalar que el desafío político que enfrentaba Katari era tremendo, "Su tarea era la de movilizar y guiar a decenas de miles de comunarios de un área muy vasta, que no poseían entrenamiento militar regular, y que carecían de un instrumento político preexistente que los unificara en una escala tan vasta." (254) De allí que para comprenderlo –y no juzgarlo, añado yo– incorporará tres cuestiones fundamentales: su identidad y su legitimidad política, agrega su cultura guerrera y su aplicación de la violencia, para cerrar con su poder e identidad espiritual. Desde este punto de vista, para Thomson, lo que se comienza a vislumbrar es una persona más palpable e íntima, a la que llega a calificar de una figura más humana y notable.

Esta figura, cuyo nombre original fue Julián Apaza, se caracteriza por tener la influencia política de Tupac Amaru y de Tomás Katari, una vez que se va perfilando como el dirigente de la insurrección, fue modificando su nombre usando diferentes tácticas para irse legitimando como líder comunitario; la lectura de Thompson es que su accionar no debe verse como "triquiñuelas de un impostor", sino como parte de un recurso político que solía usarse en el contexto de la política colonial y para confirmarlo, retoma varias acciones similares usadas por caciques y nobles indígenas. A propósito de la violencia y su personalidad guerrera, sobre la que muchos opinaron añadiendo sus constantes borracheras, la reflexión del autor se encamina a que la violencia ejercida por Tupaj Katari hacia los suyos se relaciona con su interés de imponer una disciplina militar así como un orden político dentro del movimiento insurgente, a lo que añade las "normas culturales y de género andinas para el ejercicio de la violencia" remitiendo al simbolismo animal como metáfora de la fuerza, el salvajismo, los poderes asociales y destructivos, la capacidad para pelear, entre otros. Entonces afirma que las normas ambivalentes de la cultura campesina andina son consistentes con el actuar del rebelde y lo mismo sucede con el consumo del alcohol como parte del marco cultural andino. "En fin, los temas que rodean a Tupaj Katari y a sus expresiones de violencia echan luz sobre importantes diferencias culturales que responden a cuestiones de identidad étnica, de clase y de género en la sociedad

colonial.” (268) Esto concluye a pesar de señalar las evidentes diferencias que resalta con el actuar de Tupac Amaru, que si bien ejerció la violencia no se equipara con la aplicada por Katari, particularmente la usada contra las mujeres.

Es conveniente señalar, que la violencia no iba en sola vía, si algo conocían los aymaras era la violencia que los españoles practicaban cotidianamente contra ellos. Es así que Katari no hace sino revertir esa forma de sometimiento contra los conquistadores, a quienes pretende conquistar. Sobre su poder e identidad espiritual, afirma que era cristiano, que cuando algún templo era saqueado, cuidaba de los objetos religiosos, que también velaba por la vida de los religiosos (muy pocos perdieron la vida en el cerco impuesto), afirmaba que Dios le hablaba y prometía asimismo la resurrección; en síntesis, Katari conocía la religiosidad campesina andina sabiendo que necesitaba poderes espirituales para él y para sus fuerzas militares “le preocupaba no sólo el ritual personal, sino el ritual colectivo”

El método que se emplea para la investigación, así como el que el autor elige para la exposición es muy novedoso, no sólo nos adelanta parte de sus conclusiones en las primeras páginas sino que la forma brillante de la escritura atrapa al posible lector que puede conocer el desenlace, pero que desea profundizar la trama. Por otro lado, confronta fuentes diversas constantemente y cuando no existe una versión confiable suele dejar abierta la posibilidad de lo sucedido. Así, cuando habla del oficio de Katari desmiente como un rumor equivocado que fuese el hijo ilegítimo de un sacristán por lo que no ocupó esa función y añade informes no confirmados de haberse desempeñado como minero y panadero entonces, “lo más probable es que fuera el típico pequeño comerciante del distrito altiplánico de Sicasica” (249). Actividad que le permitió viajar y conocer el territorio. No hay duda de que era analfabeto y que no hablaba el castellano. Lo cual no fue obstáculo para que usara la correspondencia como forma de explicar sus propuestas, de la mano de un escribano quien también juega un papel preponderante en la insurrección.

Una reflexión de Thomson debe ser resaltada es que, a diferencia de Tupac Amaru al cual la literatura peruana le ha dedicado sendas páginas, “es notable, en primera instancia, que Tupaj Katari nunca haya podido encajar cabalmente en el panteón nacionalista boliviano, ni siquiera como precursor de la independencia.” (251)

Un libro necesario para los estudiosos de la historia latinoamericana, las cuestiones indígenas, las muestras de resistencia y la fuerza comunitaria. Asimismo temas como el racismo, el nacionalismo, la violencia y formas comunitarias son abordadas con profundidad en el libro. Por todo ello se celebra la publicación en México de un trabajo que en español sólo se conseguía en Bolivia y que gracias a la editorial Libertad bajo palabra quien con la Sociedad Comunitaria de Estudios Estratégicos, se dio a la tarea de editarlo, ahora es posible tenerlo en nuestro país.

En síntesis, el trabajo aquí reseñado reúne varias cualidades por lo que su lectura es imprescindible. El libro abre con un prólogo de la boliviana Silvia Rivera Cucicanqui quien afirma que con éste se llena un gran vacío en la historiografía y las ciencias sociales bolivianas, pues parte desde una nueva perspectiva, ella fue además la traductora de la versión en inglés que apareció por vez primera en el 2002; el libro incluye figuras y mapas muy ilustrativos y cierra con una extensa bibliografía. Las notas remiten a una amplia revisión de fuentes.

SILVIA SORIANO HERNÁNDEZ
INVESTIGADORA DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE.